

TAMARA
TENENBAUM



El fin
DEL
Amor

QUERER Y
COGER

Nacida y criada en una comunidad judía ortodoxa en el corazón de Balvanera, Tamara Tenenbaum aprendió las costumbres afectivas y sexuales del mundo laico como una antropóloga que descubre los modos de ser y hacer de una civilización desconocida. A partir de la filosofía y la militancia feminista, de las conversaciones con amigas y compañeras, y del intento de convertir el propio cuerpo y la propia experiencia en un laboratorio de reflexión personal y colectivo, Tenenbaum explora los desafíos que enfrentan hoy los y las jóvenes en el inicio de su vida como adultos.

El fin del amor deja entrever qué sucede cuando el matrimonio o la pareja monógama ya no son un objetivo de vida y es una herramienta para la destrucción creativa del amor romántico y los postulados que lo sostienen, para que de sus cenizas salga un amor mejor, que haga más libres a hombres y mujeres en sus vínculos. Desde el valor de la amistad hasta la cultura del consentimiento, pasando por la maternidad como elección o imperativo, la soltería deseada o aborrecida, el poliamor, las parejas abiertas, el funcionamiento de las tecnologías del deseo (Happn, Tinder), y con una vasta bibliografía sobre estos temas, Tamara Tenenbaum habla de todo para zambullirse en el universo de los afectos, celebrar el fin del amor romántico y proponer la erotización del consentimiento.

Índice de contenido

Cubierta

El fin del amor

PRÓLOGO: Una extraña llega al pueblo

CAPÍTULO 1: La versión femenina de James Dean

CAPÍTULO 2: Siempre se puede estar mejor

CAPÍTULO 3: Los exploradores del amor

CAPÍTULO 4: El mercado del deseo

CAPÍTULO 5: La chica del otro lado del teléfono

CAPÍTULO 6: Espejito, espejito

CAPÍTULO 7: La cultura del consentimiento

CAPÍTULO 8: La última pregunta

EPÍLOGO: Volver a empezar

Sobre el autor

Notas

«Este es un libro sobre el deseo. Es un viaje que narra como una joven porteña, de clase media y perteneciente a una comunidad judía ortodoxa, se animó a perseguir su propio deseo por fuera de los libretos escritos por siglos de culturas patriarcales que han moldeado nuestros destinos. Tamara traza una línea transgeneracional y situada en el corazón del Once, en la que abuelas, madres y jóvenes repiten un esquema del cual ella decide desviarse en busca de su propio deseo: ir al cine, comer jamón, bailar cumbia con los chicos de la parroquia, estudiar, trabajar, escribir, salir con chicos no judíos, etc. En ese viaje se encuentra con un nuevo universo de estructuras heteronormadas, mucho más sutiles que las que conocía, pero no por ello menos limitantes. Frente a esto se anima, una vez más, a trasgredir. En ese acto experimenta y genera sus propios marcos de referencia para construir al feminismo como herramienta para entender el mundo y sobrevivir con alegría en el. Tamara entiende que eso no es un asunto meramente individual, sino que tiene una impronta colectiva: «Se trata de tomar una decisión y hacerse responsable, pero también de conversar, y de construir y destruir de a muchas para desarmar los discursos y las estructuras que nosotras mismas estamos repitiendo y

alimentando, esos con los que disciplinamos a otras y a nosotras mismas».

Gracias infinitas por incorporar este libro a nuestra conversación constante».

Sabrina Cartabia

Abogada feminista elegida por la revista *Time* como «líder del futuro» (2018).

«Se quejan algunas personas en este Buenos Aires de 2019 de que las mujeres estamos monotemáticas. Todo deriva de la cuestión feminista. Mi manera de consolarles: tu generación podría haber sufrido una guerra, calmate. Ahora le agregaré: relajá y leela a la Tenenbaum en su visión generacional e intimista sobre el momento mas caótico del amor en siglos».

Malena Pichot

Actriz

«Tamara Tenenbaum va del ensayo a la autoficción y de la autoficción al ensayo con una naturalidad asombrosa que atrapa al lector desde las primeras líneas. Con mirada lúcida, humor, experiencia y lecturas, desarma conceptos como el amor o la maternidad,

mientras nos cuenta la entrañable historia de una niña que lejos de quedar atrapada en la comunidad en la que nació, salió a pelear su lugar en el mundo».

Claudia Piñeiro

Escritora

«Tamara es mi colega, pero por edad podría ser mi hija. ¿Las madres feministas hemos facilitado el acercamiento sin temor a la exploración de la sexualidad y el deseo? Mi generación exploró esos temas en otros contextos; y la incertidumbre no se lleva bien con las recetas, salvo para las prohibiciones. Construir libertades es un trabajo intergeneracional y político del feminismo, un sol sobre el que armamos nuestros itinerarios personales. Con un cruce entre el periodismo, el ensayo y la biografía, Tamara Tenenbaum nos abre un mundo de interrogantes que -incluso en el feminismo- forman parte del diálogo entre pares (pero no del intergeneracional). Parece que no le hacemos estas preguntas a nuestras madres y menos a nuestras hijas: ¿Cómo encontrarnos en el amor y en el sexo, los cuerpos y los deseos? ¿Cómo amar y confiar en una cultura masculina de la violación?

Aprender a desear libremente, liberar la expresión del deseo, abandonar el sentido represivo del sexo como devaluada moneda

femenina en el mercado masculino, constatar que la tecnología y la deconstrucción de los géneros multiplica las posibilidades, pero el encuentro profundo y amoroso sigue siendo un misterio... De eso se trata».

Diana Maffía

Filósofa

«Tamara Tenenbaum traza una cartografía del deseo y las relaciones en tiempos en que el amor romántico sigue vigente pero con las cadenas oxidadas. Se sumerge en la incomodidad que supone ser feminista habiendo sido criada en las bases del patriarcado, con la mirada puesta en un género (el masculino) que ya no puede ostentar sus privilegios del mismo modo que hace diez o veinte años. Porque como ella dice, 'las leyes de los cuerpos' no son modas pasajeras sino el material del que está hecha nuestra subjetividad. ¿Quiénes somos ahora que la marea verde no tiene vuelta atrás como novias, amantes y amigas? ¿Se puede ser heterosexual y relacionarse con una generación de varones en crisis sin enloquecer en el intento?

Un ensayo urgente sobre la intimidad de quienes ya no pueden ni quieren volver sobre sus pasos pero están creando, mientras este libro se publica, nuevos modos de amar, desear y vivir la amorosidad».

Flor Montfort

Periodista

«En épocas donde las conversaciones sobre el amor, las relaciones y la sexualidad son (por suerte) cada vez más frecuentes, es necesario entender de dónde venimos, de qué hablamos y hacia dónde vamos para construir y cambiarlo todo desde otros lugares. Crecimos viendo un entorno distinto al de ahora pero mucho más distinto lo era antes. Los conceptos de qué es el querer, la normalización de ciertas violencias que se hacían pasar por amor -pero que ya no más- y el sexo dejando de ser algo tabú donde solo algunas personas pueden disfrutar o explorar están en conversación y exposición constante en nuestras cabezas, charlas con amigxs y medios de comunicación. En un momento en el que las mujeres, lesbianas, travestis y trans nos estamos adueñando cada vez más de nuestra sexualidad y de lo que queremos, ¿cómo nos enfrentamos a todo esto? Este libro puede ayudarnos a seguir conversando y a intentar entender un poco más».

María Riot

Trabajadora sexual y militante de AMMAR

Tu amor no tiene boleto de primera.

Celeste Carballo

PRÓLOGO

Una extraña llega al pueblo

Hay un barrio en Brooklyn que, para quien nunca haya ido a Israel, parece un pedazo de Israel en Brooklyn. Los carteles de la calle están escritos en algo que parece hebreo pero en realidad es *ídish*, que se escribe con los mismos caracteres. Los protagonistas de los afiches publicitarios en la calle son hombres de barba y sombrero. Todas las mujeres que se ven, además de estar tapadas casi de pies a cabeza, tienen las mismas medias canchán, las mismas, en blanco, gris o negro. Está prohibido usar medias de colores que se parezcan al color de la piel; hay carteles en el barrio que lo anuncian. Supongo que para ahorrarse el problema de tener que decidir si son parecidas o no al color de sus piernas, las mujeres solo se compran medias en el local del barrio, que vende unas que están permitidas. Por eso todas tienen las mismas. «Mirá», me dijo mi mamá la primera vez que anduvimos cerca del barrio ese y nos cruzamos a algunos de sus habitantes, «las mujeres caminan detrás de los hombres. En Argentina casi no nos quedan de esa secta tan ortodoxa», me mostró, tratando de no señalar demasiado, y fracasando.

Mi mamá, mis hermanas y yo nos criamos en una comunidad judía ortodoxa, lo que se conoce como *ortodoxia moderna*. En Buenos Aires se puede ver por la calle mucha gente de nuestro tipo: chicas que tienen la cabeza

cubierta pero usan polleras de jean, varones que no usan sombrero grande ni tienen «rulitos» a los costados pero sí barba y kipá. Nací en 1989 en el Once y viví allí hasta los 23 años, cuando me mudé con una amiga. En términos metafísicos, por suerte me fui antes, aunque, en otro sentido, una no se va nunca. Los jasídicos de Nueva York con sus mujeres cubriéndoles la retaguardia me sorprenden, pero no tanto. Mi mamá, que es médica y sigue trabajando en el barrio, tiene pacientes así, o más o menos así. Casi todas mis compañeras de la primaria están casadas y van por el segundo, tercero o cuarto hijo. Las compañeras de mis hermanas menores también.

En un documental que se llama *One of Us* dos hombres y una mujer de mi edad cuentan lo difícil que les resultó abandonar la comunidad jasídica a la que pertenecían, esa misma que vi en Nueva York. Yo la saqué bastante barata, pero mirando el documental en Netflix me sentí identificada, particularmente con dos motivos que se repetían en los relatos que, en realidad, son un poco el mismo. El primero es la ignorancia más absoluta de todo lo que pasa en «el mundo real». A veces cuesta explicar que, aunque una viva ahí, en una ciudad enorme en el medio de todos, en el medio de cualquiera, incluso aunque tenga tele e Internet (yo tenía; los chicos del documental no), es como si vivieras en otro planeta. Hasta los 12 años yo no solamente no había probado jamón; ni siquiera sabía cómo se veía, si parecía un chancho o un bife (nunca llegué a sospechar que era un fiambre: los judíos casi no tenemos, solo pastrón, así que es un concepto que no está muy a mano para nosotros), ni con qué se comía normalmente. A las empleadas domésticas se les dice *shikse*; es un término despectivo pero no quiere decir ni «negra» ni «esclava»; significa «no judía» (para un judío ortodoxo, esas son las únicas chicas no judías que conoce). Tanto es así que una noche que mi mamá se dio cuenta de que yo me moría de ganas de transgredir el *shabat* y de jugar a

ser normal le pidió a la chica que trabajaba en mi casa que me sumara a una salida al cine que ella había armado con dos amigas (veo que al menos no fue ni tan racista ni tan clasista mi infancia, ahora que pienso en esta historia). Creo que vimos una película de Adam Sandler y de lo que estoy segurísima es de que comimos pochoclo, porque nunca antes había probado pochoclo en el cine. Estaba fascinada con la intrepidez de Juana y sus amigas, la manera en que se movían entre las cosas, comían y charlaban y se subían a un colectivo y hablaban de un hombre o de otro.

Aunque la película me haya interesado menos que todo lo demás esa noche, el segundo motivo del documental que se repite también en mi vida es la importancia de la cultura, en el sentido más amplio que se pueda imaginar, desde las novelas de Cris Morena, un libro de Vargas Llosa que encontraba en la biblioteca del *living* o las entradas de sexualidad de la *Enciclopedia británica*, todo lo que te habla del mundo más allá de tu casa y de tu barrio te lo devorás con pasión: lo que habla de sexo, ante todo, sí, pero también de amistades, de plata, de trabajo, de casas, de ropa, de comida. Uno de los pibes cuenta en el documental que descubrir Wikipedia fue uno de los mejores momentos de su vida. Yo ya era un poco más grande que el chico del documental cuando Wikipedia se hizo conocida en Argentina, pero entendí perfectamente el vértigo de, de pronto, sentir que se te abría una ventana secreta a todo eso de lo que hablan los demás, una ventana en la que podés espiar lo que no entendiste de una conversación sin que nadie te mire, así no se dan cuenta de que no sabés qué es una morcilla o una tanga.

Decía que la saqué barata: en primer lugar, porque mi comunidad no era tan cerrada como la de los chicos de *One of Us*. En la escuela teníamos enseñanza oficial (aunque no educación sexual) y a casi todos mis amigos y a mí nos dejaban ver televisión e ir al cine. En mi casa, además,

la educación y la cultura eran muy importantes, una tradición *askenazi*, supongo: aunque mi mamá no era muy «del palo del arte», le importaba llevarnos a museos y fomentarnos el hábito de la lectura, y no controlaba demasiado lo que leíamos. En algún sentido era un arma de doble filo. Algunos chicos tenían muy en claro que eso que veíamos en la ficción era un exotismo en relación con nuestra propia vida. «No es para nosotras», decía una amiga de mi hermana sobre la vida que hacían las chicas de las novelitas de Cris Morena, con mucha naturalidad y sin explicar por qué. Algunas nos veíamos seducidas por ese otro universo que parecía estar muy cerca, que sucedía en barrios por los que pasábamos, frente a shoppings que conocíamos, y a la vez imposiblemente lejos. Por esos azares de la vida, terminé llegando ahí. Mi papá falleció cuando yo, que soy la mayor, tenía 5 años y, a medida que con mis hermanas fuimos creciendo, mi mamá nos empezó a permitir relajar las normas, puertas adentro de casa al menos, aunque manteniendo ciertas apariencias en el Once. Con los años abandonamos también eso. Supongo que no era cómodo sostener tantas reglas haciendo malabares con tres nenas tan chicas; no sé cómo nos hubieran entretenido sin encender la televisión en *shabat* cuando mi mamá hacía guardias todos los sábados. Tampoco nadie tenía ganas de prohibirnos más cosas que las que era estrictamente necesario negarnos: yo no me daba cuenta pero los primeros años de viudez de mi mamá fueron difíciles emocional y económicamente. Para cuando empecé a entender algo ya estábamos mejor, en ambos sentidos, y con un pie entero afuera de la religión.

Aunque veníamos saliendo de a poco, yo fui pionera en la familia cuando le dije a mi mamá que quería ir a «un buen colegio», de esos que te preparan bien para ir a la universidad, y ella accedió. En eso también tuve suerte: no necesité pelearme a muerte con nadie ni fugarme de mi casa para hacer una vida nueva y convertirme en otra per-

sona. Fui la primera que probó el jamón, que tuvo amigos no judíos y que se compró una musculosa para usar en la calle, sin saquito ni nada. Tampoco fue todo risas: mi mamá se puso a llorar una vez que le dije que quería ir a un baile de egresados del Guadalupe, donde una compañera mía del curso de ingreso al ILSE estaba terminando la primaria. «Yo entiendo que vayas a un colegio laico, pero ¿a bailar cumbia con los chicos de la parroquia?», decía como en una parodia de *idische mame* pero con tono melodramático de película italiana. A ese baile no fui, pero terminó siendo menos grave de lo que me pareció en ese momento.

Cuando llegué al nuevo colegio, entonces, me encontré con un abismo: era evidente que yo no conocía las reglas de nada. Había acumulado un cierto bagaje de conocimiento, creía yo, pero estaba basado enteramente en las ficciones que lograba consumir y ahora empezaba a dudar de qué tanto me podría servir para manejarme en el mundo real: ¿desde qué edad había que decir que te dabas besos en la boca? ¿Qué tipo de interacción hay que sostener con los varones en la vida diaria? ¿A los varones se los saluda siempre con beso o solo si los conocés? ¿El uso de minifaldas debe administrarse con cuidado o puedo usarlas todos los días? ¿Perder la virginidad antes del matrimonio es tan común como en las películas? Estas son preguntas que yo me hacía constantemente, de forma explícita, cada vez que me tocaba participar en una conversación o ir a una fiesta de cumpleaños de mis nuevas amigas o, sencillamente, cuando estaba sola en casa y tenía un rato para pensar y organizar mis ideas sobre el tema. Aclaro, por si no es obvio, que en el mundo del que yo venía (del que yo vengo) todas estas cuestiones tenían una respuesta única. Los judíos ortodoxos tenemos reglas claras para todo: la comida, la ropa, el modo de conducirse con el sexo opuesto, incluso acerca de cómo administrar la menstruación. La mayoría están escritas en alguna parte

de la Torá o del Talmud y, si existe alguna duda, se consulta al rabino, que seguro tiene algún precedente como respuesta. En el mundo que yo empezaba a habitar, la clase media urbana del siglo XXI, no había libros sagrados; y, empecé a pensar, tal vez tampoco hubiera demasiadas reglas.

La parte de las relaciones humanas fue la que más me costó. Fui buena alumna y el apetito que me daba la curiosidad de mi vida recluida fue en gran parte responsable, creo, de que siempre me hubiera gustado mucho leer. Pero no había libros que explicaran todo lo que yo no entendía, y ni siquiera había gente que pudiera aclarármelas: jamás me habría animado a preguntar y, además, creo que son esa clase de cosas que la gente ni siquiera sabe que sabe. Decidí, entonces, dedicarme a mirar y a escuchar: a intentar derivar principios o conceptos de las historias que me contaban los demás, de lo que decían sobre los matrimonios de sus padres o sobre los chicos que les gustaban. A ver si, efectivamente, lo de saludarse con un beso les parecía un gesto erótico (como a mí, dado que en mi barrio estaba prohibido) o si era una rutina que ya había perdido todo sentido afectivo. A ver si también se les erizaban los pelos del brazo cuando un varón las abrazaba para una foto. A preguntar si sabían si sus hermanas cogían o si sus tías eran infieles.

Y entonces sobrevino un segundo descubrimiento: no es que no hubiera reglas, porque cualquier cosa no se podía hacer. Eran menos rígidas y más invisibles, más confusas, pero existían: había cosas que eran de puta, cosas que eran de tonta, cosas que eran de ridícula y cosas que eran de loca. Y un tercer descubrimiento: el resto de la gente, en particular, el resto de las chicas, no tenían todo tan claro como yo pensaba. Todas tenían miedo de hacer las cosas mal; todas sentían en algún momento que en efecto las estaban haciendo mal. Todas tenían tantas ganas de entender las leyes de los cuerpos como yo; me lle-